



- ◆ Trabajo realizado por la Biblioteca Digital de la Universidad CEU-San Pablo
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 de la M.T.R.L.P.I. (Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 julio del 2006)

TRES OBRAS, TRES MOMENTOS DE VALLE-INCLÁN

“Sonata de primavera”, “Cuento de abril” y “La corte de los milagros”, en edición de Mercedes Etreros.

Por Luis BLANCO VILA
Periodista

De hacer caso a don Ramón y no a otras personas tan serias, al menos, como él, su nacimiento ocurrió no en Vilanova de Arousa, sino en la ría misma, sobre las “oliñas” que recuerda la Rianxeira y camino da Póboa do Deán, donde aún se encuentra, en el lugar llamado de la Ribeiriña, el pazo de la familia. Como quien dice, a dos pasos de mi cuna, o a cuatro kilómetros, que dicen ahora. En Galicia mediríamos tan exigua distancia comparándola con “a carreiriña dun can”.

Y hubiera sido hermoso, de ser verdad, este momento casi venusino de don Ramón Valle Peña, que así se llamaba el rapaz que iba para ejemplar barbado a lo chivo, porque tanto el verso como la prosa de Don Ramón María del Valle-Inclán, marqués o no de Bradomín, rebautizado así, al completo, por la gracia del genio —y tenía perfecto derecho a hacerlo—; porque su palabra, digo, rimada o ritmada, participa de esa movilidad propia de las aguas profundas y pacíficas al mismo tiempo, pocas veces airadas sobre su seno, como son las aguas de nuestra ría. Cuando

uno lee el riguroso examen que la profesora Mercedes Etreros hace del estilo de Valle-Inclán, por ejemplo en “La Corte de los milagros” y lee que la construcción formal responde muy especialmente al sentido temático de la obra, sustentado en su expansión las dimensiones extensiva e intensiva del plano significativo, a mí me parece que cumple con su obligación de desentrañar, en un plano formal y a posteriori, las claves estéticas del lenguaje valleinclanesco, pero a mí me basta con saltar, de golpe, a las pequeñas olas del mar de Arosa, donde Valle nació, para entender el ritmo, la adecuación y hasta la polisemia, frutos espontáneos en Valle-Inclán de una poderosa capacidad de asimilación estética a la que, por otra parte, nunca privó de una labor de perfeccionamiento que aún hoy es rompecabezas para asentadores de textos y comentaristas de obras. Me duele, por eso mismo, aunque no me extraña que esté por hacer la gran tarea, definitiva, de la publicación crítica de Valle-Inclán.

El año que nació Valle-Inclán —fue en 1866, hace unos días se cumplieron los 120 años—, dice la “Noticia cronológica” que abre esta pu-

blicación, que Verlaine publicó sus "Poemas saturnianos" (o saturnales), que Emile Zola sacó a la calle a su gran "Thérèse Raquin", que Fedor Dostoievski nada menos que "Crimen y Castigo". No está nada mal para entretenerse mientras se mece la cuna de un genio llorón...

Al año siguiente muere Baudelaire, Carlos Marx publica "El capital", se inaugura solemnemente el Canal de Suez y nace en los Estados Unidos, patria de la libertad, esa aberración llamada Ku-Klux-Klan. Por fin, un año más tarde, 1868, mientras Wagner, el gran nacionalista de la nueva Alemania que estaba a punto de nacer del triunfo en la guerra franco-prusiana, estrena sus "maestros cantores", en la España que comienza a llenar los ojos del niño Ramón hay pronunciamientos a lo Topete, a lo Prim y a lo Serrano y se entra en la modernidad revolucionaria con la Gloriosa, también conocida como la septembrina, que pone a la monarquía de Isabel II más allá de los Pirineos.

Y aquí quería llegar, simplemente, porque estas fechas son cruciales en la vida y la obra de Valle Inclán. Son los primeros años del sueño, cuando la realidad se identifica con él hasta el punto de confundirse. Si se me consiente la ingenuidad, parece como si don Ramón se hubiera instalado en ese mundo que identifica vida y literatura. Para mí, no hay punto de partida más serio para su estudio que esta constatada identificación. Pero, repito, son estas fechas de la revolución del 68, con sus personajes, las que van a convertirse en marco temporal y escénico de buena parte de sus fabulaciones. Y no me refiero sólo al proyecto, apenas un barbecho, de "El ruedo ibérico", del que "La corte de los milagros" no es más que ambientación y apertura. Estoy pensando en "Viva mi dueño" y "Baza de espadas", por supuesto, primera y única trilogía, con "La Corte", del proyecto de tres, huracán histórico literario que debía barrer los últimos treinta años del siglo XIX español. Pero pienso, sobre todo, en la permanente presencia de personajes históricos de esos días que, en manos de Valle Inclán, van creciendo y desfigurándose con él mismo, como él mimo, personajes como "la reina castiza" —Isabel II—, "el espadón" —el Espadón de Loja, es decir, el general Narváez— "la monja de los estigmas" —sor Patrocinio—, "el arzobispo de Trajanópolis" —Antonio María Claret, confesor de la Reina, hoy santo—, y hasta el mismísimo Patillas, el diablo, que se hace presente en el lenguaje de los personajes de

Valle a lo largo de toda su obra. Y pienso, también, en esa especie de fijación que hace que esos mismos personajes se reencarnen, se hagan al mismo tiempo esqueleto de otros que llegarán a la escena del arte disfrazados de Tiranos Banderas o de infantes de Castilla. El Espadón o Pacomio —el rey consorte Francisco de Asís— se hacen presentes —y otros muchos con ellos— prestado sus modales y sus desfachateces, sus ropas de gala o sus caprichos, como presta el fotógrafo de feria la indumentaria de torero o de militar, de chulapa o de rociera, a los que apoyan su cuello en la guillotina de cartón.

No me toca a mí, afortunadamente, el estudio en profundida de la obra de Valle Inclán, sino simplemente destacar el que ha hecho la profesora Mercedes Eteros de estos tres hitos literarios que son "Sonata de primavera", "Cuento de abril" y "la corte de los milagros". Un estudio riguroso al que, si hubiera que buscar algún pero, sería, precisamente, por exceso y no por defecto. Con él, con este análisis, Valle Inclán pierde, si acaso, en espontaneidad y gana en profundidad. Quiero decir que la imagen del extravagante autor de las Escenas rimadas en una manera extravagante", subtítulo que él pone a "Cuento de abril", adquiere un perfil que nada tiene que ver con la extravagancia misma, sino que se consolida como un trabajador perfeccionista de una obra que nace con los estigmas del genio y sobre la que el genio trabaja incansable hasta su muerte en un intento, logrado, de mayor perfección.

Este afán perfeccionista lo encontramos en "Sonata de primavera", "fragmento de "Memorias del Marqués de Bradomín", Xavier de Bradomín, "un don Juan admirable" en palabras de autor, "el más admirable, tal vez, feo, católico y sentimental", que ve la luz en 1904, tras las de otoño y estío, y que va remodelándose, perfeccionándose, hasta la edición de 1933, que ahora asienta, con su aparato crítico y léxico la profesora Etreros. Las sonatas son la primera gran obra de Valle-Inclán, entre la elegía y la aventura galante, perfecta adecuación y confrontación al mismo tiempo entre el amor y la religión, muestra sin par de la maestría de un escritor que consigue la simbiosis perfecta de la memoria que evoca con el tiempo vital evocado, del escenario y la estación del año que sirve de marco temporal, del estado de ánimo del personaje de turno —en la Sonata de primavera la princesa Gaetani y María Rosario— y el tempo sentimental del protagonista en el momento en que discu-

re la acción que se narra, todo ello amalgamado por ese baño irónico que el narrador —Bradomín/Valle— sabe poner en cada trance. Los efectos sensitivos y musicales que la profesora Etreros señala, acertadamente, como elementos destacables en la historia permiten a García-Sabell hablar de las sonatas como “solos de violín”, imagen que, mejor que otra cualquiera, resume el tono general de esta obra.

“Cuento de abril” es la décima pieza teatral de Valle Inclán, cuarta de las estrenadas, después de “Cenizas” (1899), “El marqués de Bradomín” (1906) y “La cabeza del dragón”, puesta en el teatro de la Comedia de Madrid el 5 de marzo de 1910, es decir, catorce días antes de “Cuento de abril”. Se juega mucho la profesora Mercedes Etreros cuando dice de Valle Inclán que es “el mayor talento del drama europeo de este siglo”, pero no seré yo, gallego, católico, sentimental y entusiasta de mi paisano quien le lleve la contraria. Se me vienen a la memoria, y los borro en seguida, nombres gloriosos que, por razones que no voy a analizar, cubren las carteleras de los teatros del mundo o llenan los escaparates de las librerías con profusión de ediciones, nombres que nada tienen que ver con Valle Inclán. Me basta con que mi sospecha acerca de la gloria superior del escritor gallego se vea confirmada por voces con autoridad. En cualquier caso, no es “Canto de abril” (Escenas rimadas en una manera extravagante) la obra teatral por excelencia de Valle, aunque sí reúne todas las características que hacen de él ese “mayor talento” de la cita elogiosa. Entre el trovador Pedro Vidal, enamorado, y el infante de Castilla, prometido, de la princesa de Imberal, los tres inmersos en ese ámbito lírico provenzal del Medioevo, que tan magistralmente recrea —yo diría crea— Valle Inclán, hay toda una lección de arte dramático, esquematizada de acuerdo con la propia doctrina del autor que afirma que “el arte no existe sino cuando ha superado sus modelos vivos mediante una elaboración ideal”.

No quiero extenderme en consideraciones casi exegéticas, pero no resisto a la tentación de incluir a Valle —y de modo especial en esta obra— en la corriente vital y creadora que reivindica el papel del sentimiento en la obra de arte frente a la rigidez de un realismo y un naturalismo que asientan sus raíces en un racionalismo exacerbado. Los elementos irracionales se traducen en Valle incluso en su adjetivación y adquieren carta

de naturaleza en la utilización de textos ajenos que, en casos tan palmarios como “La cara de Dios”, llegan al plagio descarado, no tanto de Arniches como del propio Dostoievski.

Nada voy a añadir a lo ya dicho sobre “La corte de los milagros”. El trabajo realizado por la editoria, no sólo sobre el texto publicado por entregas en El Sol en 1931, sino sobre la edición de 1927, es garantía más que suficiente para seguir su lectura como algo definitivo. Si acaso, querría resaltar la intención de Valle Inclán de dar a su novela —al conjunto de El ruedo ibérico— un protagonista que él llama “medio social”, “el ambiente” y hasta “la sensibilidad española”, de forma que nada tenga que ver con los “Episodios” de Gladós o de Baroja. Quiere ser el “Guerra y paz” español. Lástima que sólo alcanzara —permítaseme la broma— la “guerra”. Y no por razones de calidad, que es indiscutida, sino porque la obra quedó, como ya se ha dicho, truncada cuando ni siquiera estaba rematada en su primer tercio.

Mis últimas palabras son para la labor realizada por la profesora Mercedes Etreros. Admirable trabajo el suyo, mezcla de rigor académico en el análisis y de devoción hacia el gran escritor gallego. La publicación de estos tres libros de Valle Inclán que, cada uno en su género, corresponden, además, a cada una de las etapas de la madurez del escritor, puede ser un estímulo en estos momentos en que, desgraciadamente, el medio siglo de su muerte no está siendo el pretexto que debiera para el estudio y la divulgación de sus obras. Plaza y Janés, por su parte, es una excepción gozosa.